

## Constitución mental del preargentino. El orgullo y la altivez

*La vida mineral organizada no es más que un moho  
sobre la pureza mineral de los globos celestes.*

**A. France**

*Según Leocadio Heam (en Kokoro), lo que caracteriza el  
alma japonesa por oposición a la nuestra es que ella no  
tiene, como nosotros, el sentimiento del individuo, de la persona,  
del yo; está exenta de todo egoísmo. Nuestras  
religiones occidentales, que acuden a la idea de una  
creación, colocan en el principio del mundo un acto personal de Dios.  
Yo mismo soy un ser distinto con un  
destino propio, independientemente del resto del universo  
de que soy el centro. Nada de esto en el oriental para  
quien todo debe perecer con el tiempo.*

Gastón Rageot

Si los hechos humanos son el resultado de las ideas y de los sentimientos de los hombres, la explicación de los acontecimientos históricos se facilitará mucho con el estudio previo de la psicología de los actores.

La concurrencia del individuo a las necesidades comunes emergentes del hecho de la vida en sociedad, está condicionada por sus modos de ser y de pensamiento y varía con estos. En el concepto que el individuo tenga de la vida y del mundo, la importancia del individuo y de la sociedad pueden ser iguales, o ser mayor la del primero o la de la segunda. En el primer caso, los buenos y los malos funcionarios, por ejemplo, estarían en la misma proporción; en el

segundo los malos serían la regla y en el tercero la excepción, independientemente de los medios artificiales que se pusieran en juego para desalentarlos o contenerlos, y cuya eficacia sería naturalmente mayor en el tercer supuesto. En el segundo caso el individuo se sentirá en la situación de acreedor de la comunidad, y de deudor en el tercero.

Va de suyo que no se prestará a obedecer o a ser menos el que se sienta nacido para mandar o para ser más, ni pretenderá mandar o ser servido el que se sienta nacido para servir y ser mandado.

Es decir que los fines de la conducta personal, o el interés superior y predominante a que se subordinen los demás, puede ser concerniente al individuo o a la colectividad, y que en el individuo normal correspondiente habrá una tendencia más o menos pronunciada a anteponer el interés propio al interés común, o viceversa, y que el tipo normal en la una especie será el anormal correspondiente en la otra: el carnero negro en la majada de carneros blancos o el carnero blanco en la majada de carneros negros.

Además, pueden ocurrir diferentes modalidades en cada una de las dos formas típicas. El interés individual puede referirse a la vida real o a una forma particular de vida imaginaria, o a las dos juntas. El interés colectivo puede referirse a la familia, a la comuna, a la región, a la nacionalidad, a la raza o a la humanidad, y cada uno de estas formas principales en un sistema podrá coexistir como forma secundaria en el otro, en mayor o menor grado, en manera estacionaria, progresiva o decreciente.

Dependiendo el empleo de la vida del concepto de la vida, la aplicación de las energías individuales estará determinada por las aspiraciones individuales, pero en el resultado positivo faltará la parte correspondiente a las energías invertidas en la procuración de las aspiraciones imaginarias, y aun más, cuando los que desean las vanidades del otro mundo en primer término y las de éste en segundo, las esperan también por el mismo intermediario extrahumano que suponen capaz de producirles a la vez "la dicha eterna" y "el pan de cada día".

El concepto fundamental del espíritu occidental es la divinización del individuo, sustraído al orden natural -de las cosas por un destino ulterior excepcionalmente superior, y naturalmente, el precio que el individuo pone a los servicios que presta y la gravedad que atribuye a las ofensas que recibe crecen en razón directa del valimiento o de la importancia que se atribuye, de tal manera que una desatención que pasa inadvertida entre las gentes sencillas

alcanza las proporciones de ofensa mortal entre los magnates y entre los compadres de arrabales, que también saben acudir a las armas para castigar un desaire a su valimiento.

De allí esa incurable desinteligencia resultante de estimar a oro las atenciones hechas y las ofensas recibidas, ya papel las atenciones recibidas y las ofensas hechas, con lo que no hay compensación posible en el comercio de las mismas cosas computadas en valores diferentes, porque en el intercambio de los mismos servicios cada uno se considera con derecho a mayor gratitud, y con derecho a mayor resentimiento en el de las mismas ofensas. Pero todo egoísmo tiene su castigo, y el de los que viven pensando en la ingratitud de sus beneficiados y en la maldad de sus ofensores, es un irremediable pesimismo, de que está libre el inglés, si es cierto, como lo afirma Laroque, que "no se alaba jamás del bien que ha hecho y no espera ninguna gratitud", con lo cual estaría a medio camino del japonés, que tampoco se envenena la sangre y avinagra el espíritu con las ofensas que recibe y por esto no se convierte en archivo de rencores y almacén de venganzas.

Sin duda no es necesario que el individuo se considere más trascendental que el universo en que reside para que anteponga sus necesidades y sus vanidades a las de los otros, pero toda convicción impone la conducta correspondiente y de esa salieron el espíritu de preeminencia y su gemelo el espíritu de acaparamiento y despojo que ocasionaban en la edad media las arrebatifiñas y las guerras entre los príncipes y los duelos entre los magnates cristianos; las disputas de precedencia en la época colonial; y ese espíritu de supervalencia hace todavía insoportable el trato de las gentes vanidosas y susceptibles, y suscita continuamente en las calles los insultos más soeces y contraproducentes entre carreros y cocheros, faltos de espíritu de condescendencia por sobra de altivez.

La supervalía del individuo sobre la masa, que engendra el espíritu de preeminencia es el elemento primordial en el espíritu del sudamericano, y a ello se deben hasta las trabas con que se detiene o desalienta en los colegios y universidades a los que quieren ir adelante, so pretexto tutelar de obligarlos a salir mejores. La característica del espíritu norteamericano es el deseo de ayudar a todo el que intenta levantarse, fomentando así la iniciativa y el espíritu de empresa, sin miedo de aumentar el número de los competidores en la lucha por la vida.

"En Francia, un hombre de la alta sociedad tiene fácilmente la impresión de que el vecino que se eleva lo perjudica; y todos los que ocupen situaciones

holgadas ven con pena aumentar el número de los concurrentes que amenazan su tranquilo goce. La América (del Norte) es un vasto circo en que las localidades sobran", dice Rousiers. "Las cuestiones de precedencia son la ocasión de mil querellas graves, muy graves" escribe desde el Tonquín un corresponsal de *L'Illustration*. "¡Pensad, pues, que la esposa del jefe de la oficina tal ha sido colocada sobre la tribuna de honor adelante o atrás de la esposa del director de trabajos públicos, que un residente ha tomado la derecha a un coronel". Los ediles coloniales, "preocupados con su formalismo de etiqueta, cuidan sus prerrogativas hasta en el orden jerárquico de las funciones de tabla", dice J. A. García.

El espíritu de rivalidad, el más deplorable corolario del egoísmo, no es, por cierto, una invención de la teología occidental. La felicidad del niño que tiene un juguete lindo cesa en cuanto aparece otro niño con un juguete más lindo, pero toda educación consiste en la superposición de la razón cultivada al instinto natural, y la santificación del deseo de ocupar un sitio de preferencia en la otra vida por una mayor humillación y adulación al gerente de la otra vida, alentará regularmente el deseo de ocupar también en ésta un sitio de preferencia por los mismos medios, haciendo florecer el caciquismo a la par del santerismo.

Porque el deseo de estar bien es independiente del estar de los otros, pero el deseo de estar mejor que los otros tiene esta consecuencia lamentable: que se puede lograr sin mejorar la condición propia, sólo con empeorar la condición ajena. Y así, el negro de la más miserable tribu africana, que se ha adjudicado los goces de la vida y echado sobre la mujer en cueros todas las cargas, está, respecto de ésta, en mejor condición que el civilizado, para quien la sola obligación de vestirla gravita como una hipoteca sobre su propia existencia, y mayormente cuando ella se encarga, por añadidura, de quedar bien con los santos y vestirlos con los recursos del marido.

Por el empeño de anularse unos a otros para valer cada uno más que los otros, los caudillos argentinos, finalmente anulados todos por Rosas, para valer el solo más que todos ellos juntos en la Federación, se llegó al maximum de aminoramiento nacional, y cada vez que un presidente quiere alcanzar el maximum de prepotencia personal, anula al congreso y reduce a los gobernadores a cero a su izquierda, achatando políticamente al país con las fuerzas y los recursos del país, porque su programa consiste en ser y valer más que todos en el "unicato" político, según la expresión popular del 90, para lo que es necesario que todos sean y valgan menos que él, lo que no es

programa para el país y cae de suyo cuando las fuerzas del país dejan de estar en manos de él.

A la misma orientación corresponde la política medioeval de las naciones hispanoamericanas buscando siempre su engrandecimiento en el despojo de los otros y no en el relevamiento propio por la instrucción pública y el fomento de la riqueza y del bienestar interior.

Ningún sentimiento de conmiseración para los condenados en este o en el otro mundo apareció en el Occidente hasta el advenimiento del racionalismo. Tampoco surgió de la teología ninguna idea de relevamiento de los oprimidos, y la emancipación de los esclavos y de los siervos, la igualdad de los hombres ante la ley, la educación de las masas, el relevamiento de la mujer, la asistencia pública y las pensiones obreras, provienen también del racionalismo, y han sido estorbadas y son siempre resistidas por las iglesias y los partidos ultramontanos, y se encuentran proporcionalmente más retrasados en los países en que la teología conserva mayor influencia.

En cambio, sus productos más genuinos han sido los privilegios y las persecuciones, porque sus conceptos fundamentales: la salvación y la perdición, implican tan necesariamente el mal como el bien, puesto que no podría haber salvados si no hubiese perdidos. Y como el grado de salvación propia depende del grado de perdición ajena, para valorizar mayormente al cielo fue inventado el infierno, a fines del siglo 11 de la era cristiana. Y como la medida en que un sujeto escapa de un mal depende de la medida en que no escapan los demás, en esa ordenación mental el individuo se sentirá tanto más sustraído a un mal común cuanto más siga éste pesando sobre los otros. Y siendo naturalmente una depresión lo que puede dar mayor relieve a una altura, deprimir a los hombres fue el medio más sencillo de enaltecer a las divinidades, y deprimir a los súbditos el medio más directo de enaltecer a los reyes.

El enaltecimiento de la divinidad sólo podía conseguirse por el achatamiento de la humanidad, y el enaltecimiento de una clase social por el envilecimiento de la inferior, a lo menos mientras no se encontrase en la instrucción pública el medio de levantar simultáneamente a todos, desapareciendo entonces a la vez la escala de servilismo decreciente y su concomitante paralela de orgullo ascendente.

Como los hombres no podían imaginarse a los dioses con gustos y pasiones diferentes de los suyos, los concibieron rencorosos y vengativos, y como la gloria de un hombre no podía consistir entonces en otra cosa que en

la humillación de los demás hombres, enemigos y amigos inclusive, se hizo consistir la gloria de los dioses en la humillación de los fieles y la execración de los infieles. Ahora que hay sociedades protectoras de los animales, y que los espíritus superiores sienten asco por el servilismo interesado de sus inferiores, aquella concepción empieza a parecer monstruosa mente bárbara. y como en el shintoísmo no existen las divinidades de aquel tipo, el sufrimiento y la humillación inútiles para el prójimo, la pobreza y la miseria deliberadas, que fueron los valores teológicos del Occidente, no fueron valores morales en el extremo Oriente, y porque no existió el servilismo, no tuvieron razón de ser el orgullo y la altivez.

Erigido en el Occidente el servilismo en medio de propiciarse la divinidad, la monstruosidad de las penas que se inventaron para castigar los delitos de lesa divinidad, las ofensas a la religión ya sus ministros, no fue más que un refinamiento natural del servilismo, de que sobrevino más tarde el igualmente espantoso rigor para los delitos de lesa majestad, agregándose el tormento previo a la muerte con que la primitiva ley romana castigaba al ofensor de la grandeza o de la dignidad del pueblo romano.

El orgullo religioso del judío, del musulmán y del cristiano proviene de que se consideran elegidos porque se han humillado en la medida necesaria para ser salvados, no sintiendo lástima sino desprecio y odio para los desheredados de la gracia divina, que van a padecer penas eternas, más profundamente crueles en esto las damas españolas que acudían a lucir sus trajes y sus gracias a los autos de fe, que las damas romanas que ponían el pulgar hacia abajo cuando eran consultadas por el vencedor sobre la suerte del vencido en el circo.

Era de la religión de donde debía de venir y fue de la religión de donde no vino el espíritu de fraternidad con los aplastados. Y porque en el orden moral superior se venera al favorecido y se desprecia al maltratado por la divinidad, en el orden social se admira al maltratante y se menosprecia al maltratado en los incidentes personales, queda honrado el seductor y deshonrada la seducida, el maximum de indulgencia es para los delincuentes poderosos y el maximum de severidad es para los menesterosos, y la moral social, como el hilo, se corta por lo más delgado.

Todo lo que produzca alguna especie de superioridad, presente o futura, es ordinariamente motivo de orgullo, lo mismo la perspectiva de llegar a disponer de la fortuna del padre en el hijo de rico, que la perspectiva de la dicha eterna en el simple creyente. Y porque la superioridad produce orgullo,

se tiene orgullo para aparentar o simular superioridad, y "del mismo modo que ser insultado es una vergüenza, insultar es un honor, dice Schopenhauer, porque lo que se desea no es ser hombre de valor en la propia opinión sino en la de otros", y somos altaneros, atrevidos y arrogantes para que nos crean valientes. Y sobre el plan de los juicios criminales de la edad media en los que el acusador no tenía que probar la culpabilidad sino el acusado su inocencia, las malas acciones de un individuo contra otro, no lo deshonran a él sino al otro; y aunque todos conozcamos que eso es malo y debería ser suprimido, todos vemos que eso da buenos resultados, y de esto deriva, o en esto consiste, la fuerza del ambiente. Y del hecho de que por la humildad y la mansedumbre con Dios y los santos se conseguía una situación tan prodigiosamente privilegiada que todo se volvía ínfimo y menos preciable a su lado, resultó el orgullo, la bravura y la soberbia medioevales del creyente respecto del disidente y del incrédulo, perpetuados en el español hasta el siglo XIX por la mayor prevalencia de la iglesia y de la teología medioevales.

Pues, en su origen, el orgullo español que es independiente de la fortuna y compatible con la miseria, porque "los últimos serán los primeros", proviene de la doctrina de la humildad conferente de ultrasuperioridad. La nación más profundamente cristiana en las formas externas era al mismo tiempo la más profundamnte agresiva y orgullosa en el fondo, porque el español del siglo XVIII, que había desempeñado toda la humildad ritual para estar bien con Dios, no necesitaba ya estar bien con los hombres, y aun podía estafarlos, robarlos y maltratarlos con provecho en este mundo y en el otro, si lo hacía en servicio del primero o si hacía partícipe a la iglesia de lo que les hubiera sustraído. De resultas de esto, Junoy ha podido decir con verdad, que "en cada uno de nosotros hay un alma de inquisidor", motivo por el cual el cacique Natuey se negó a ir al cielo cuando supo que allá irían también los españoles.

El profesor de humildad cristiana tardó poco en erigirse en privilegiado sobre todas las demás hechuras del Creador, por el Canon *Si quis suadente diabolo*, que declara excomulgado, esto es, condenado en este mundo y en el otro al que ponga la mano sobre un sacerdote, aunque para ello tuviese las razones y motivos más sobrados. La moral del cuento de las dos mejillas no pudo tener un resultado más completamente negativo.

Entre los protestantes ocurrió la misma cosa. "En la Escocia del siglo XVII, dice Buckle, los pastores, ebrios de arrogancia, estaban tan inflados por el orgullo que creían tener comunicaciones verbales directas con Dios, exigiendo de sus parroquianos una sumisión completa y la veneración máxima,

pues sólo ellos sabían la verdad y podían enseñarla, como embajadores de Cristo, y condenarlos a suplicios eternos, como árbitros de la venganza divina".

En nuestra época colonial, "el obispo o el fraile son agresivos e insolentes con los funcionarios reales, porque los desprecian. Son orgullosos, se sienten superiores, dice J. A. García en *La ciudad indiana*. Adulado, respetado y querido, el obispo o el fraile, es español, es decir, orgulloso, por herencia de raza, por temperamento y de los mejores ejemplares".

Sabido es que el maestro enseña más con el ejemplo que con la prédica, y una lavada de pies a los pobres una vez en el año no contrarresta el año entero de hacerles besar de rodillas el anillo de oro y esmeralda en el dedo, o la hebilla de plata del zapato, y los discípulos de estos opulentos profesores de humildad aprenden enseguida la lección de orgullo que está en el fondo de la cosa, y es su esencia misma, traduciéndose en un sentimiento que no necesita ninguna otra base o razón de ser, porque él mismo es su propio y suficiente fundamento, de lo que resulta que el pueblo español es el más orgulloso y agresivo, y el que ha escuchado más sermones sobre la humildad y la mansedumbre cristianas.

Por lo mismo, es también el más levantisco de los pueblos occidentales, ya la vez el que ha estado sometido a un más prolongado régimen de sumisión pasiva, temporal y espiritual, con este resultado: que "donde hay tres españoles juntos, hay cuatro opiniones políticas diferentes".

Y el horror a la unión y a la disciplina, que divide los partidos y subdivide a los grupos, inutilizándolos para la eficiencia política, es el resultado neto de esa enseñanza de la humildad a premio y la unión y la disciplina a la fuerza, en que sólo se aprendía el orgullo y el separatismo, porque el sentimiento de la individualidad, cuando es el más fuerte, se sobrepone al sentimiento de la comunidad y produce esa variedad del patriotismo criollo que no confía en la comunidad sino en el santo protector particular, y está siempre dispuesto a subordinar las instituciones comunes a la vanidad personal, pues, el espíritu de aislamiento para el destino individual es el germen del espíritu de rebeldía y de supremacía, tan funestos a la acción común para el bien común.

Es que la disciplina secular externa no ha modificado el fondo particularista ni creado sentimientos altruistas, porque no ha sido más que el efecto de una coacción exterior impuesta permanentemente a cada uno para resguardo de los otros. La despreocupación del bien ajeno fue la regla, porque dentro

de ese andamiaje exterior no era edificado en cada uno el deseo del bien de los demás, sino el *yo*, centro universal de los valores y tendiendo por esto a sobreponérseles, desde luego, puesto que va a sobrevivirles en definitiva.

*Agustín Álvarez*